elevado sobre el común de sus semejantes suele abstenerse, por dignidad propia, de cierta clase de faltas y delitos. Juzga además las cosas con sano criterio, y por lo mismo, está menos expuesto á cometer injusticias. Conoce mejor la debilidad humana y cuán fácil es el error, y por eso es más tolerante y benévolo con sus hermanos. Si obra mal, á lo menos ya no es por ignorancia: basta que ésta pueda considerarse como un factor, aunque no sea el único, de muchas de las malas pasiones que agitan al género humano, para que reputemos su extinción como elemento importantísimo de la pública moralidad. Esta nos parece ser la regla general, sin que en nada amengüen su valor las numerosas excepciones que ella tiene y cuya existencia reconocemos de buen grado.

La tercera influencia de la educación sobre las costumbres del individuo y que pasamos á señalar, es acaso más directa que la anterior, pues consiste en que la cultura intelectual, abriendo al hombre buenos caminos para ganar la subsistencia, neutraliza, en parte al menos, algunas de las principales causas que suelen determinar la comisión de ciertas faltas ó violaciones de la ley moral y penal. Aquí vemos también, además de la influencia que acabamos de apuntar, otro algo menos directa, que es su consecuencia.

En la lucha por la vida, es principio casi incontrovertible que se abre mejor camino el más inteligente, el más ilustrado, el más apto, en una palabra.

Las excepciones de este principio no lo destruyen, y si en la sociedad el que tiene mejores elementos para prosperar llega á obtener una posición honrosa y á ganarse una decente subsistencia, no sólo debe tener menor estímulo por falta de necesidad, para querer apoderarse de lo ajeno ó cometer otras violencias, sino que la misma posición que ha conquistado, le sirve de escudo contra las pasiones; y el temor de perderla y el deseo de conservar la estimación social, son otros tantos móviles que pueden impulsarle á observar buena conducta.

Tenemos que insistir aquí, una vez más, en que éstos son los principios generales que dominan en una sociedad culta y moralizada, sin negar por esto que haya muchas excepciones, que suelen servir de apoyo á los que los combaten, olvidándose de que las excepciones confirman la regla.

En este artículo hemos tratado de la influencia favorable que sobre las costumbres del individuo suele ejercer la educación. En el siguiente intentaremos analizar la que ha tenido y tiene sobre la moralidad de las sociedades.

III

Algunos de los efectos de la educación sobre las costumbres de cada individuo, se hacen con frecuencia extensivos á toda una clase ó á todo un pueblo, para después venir á reaccionar sobre cada uno de los miembros de la colectividad.

Un hombre de genio, por ejemplo, encuentra en el medio social en que vive los elementos para desarrollar su facultad inventiva. Descubre una nueva ley ó un nuevo método de aplicación práctica inmediata; inventa un nuevo instrumento cuyo uso puede ser provechoso para satisfacer alguna necesidad del género humano ó para aumentar sus goces y comodidades; discurre ó perfecciona una maquinaria que, de un golpe, crea una nueva industria ó modifica y extiende los horizontes de las que ya existen, y entonces, como por encanto y á la mágica voz del genio á quien la ciencia y la perseverancia han iluminado, surgen nuevos medios de trabajo para millares de obreros, y con ellos nuevas fuentes de moralidad; porque si el trabajo no es la principal de ellas, es indudable que es una de las más importantes.

En alguno de los artículos subsecuentes tendremos ocasión, no de enseñar al lector, que lo sabe bien, sino simplemente de recordarle que, á pesar de todo cuanto han dicho la rutina y el retroceso en contra de la aplicación de las máquinas para sustituir la mano del hombre en cierta clase de obras, ella casi siempre, lejos de disminuir la necesidad de obreros, como algunos lo pretenden, la aumenta en alto grado.

Pero este punto toca más de cerca á la Economía Política que al de que estamos tratando por el momento; por eso en vez de citar ejemplos de industrias antes existentes y hoy perfeccionadas y des-

arrolladas mediante los progresos de la Mecánica, recordaremos simplemente dos ó tres de los descubrimientos modernos que, casi sin tocar las industrias existentes, han beneficiado á la humanidad, á la vez por sus fines y por los medios de que han tenido que valerse en el terreno práctico.

Parécenos que á este orden pertenece la serie de industrias nacidas de la aplicación de la fotografía, del telégrafo y del teléfono.

Es incalculable, en efecto, el número de familias que viven hoy con los productos del trabajo abierto por esos maravillosos inventos. Sin contar las personas que directamente ejercen esas artes ó se consagran á su enseñanza, piénsese en todas las que se ocupan en preparar las sustancias, útiles y aparatos indispensables para su ejercicio, y en disponer la materia prima que para todas se necesita, y habrá que convenir en que es el genio de unos cuantos individuos el que indirectamente ha venido á proporcionar sustento y tranquilidad á muchísimas familias, alejándolas á la vez de la miseria y del vicio que, no pocas veces, es su consecuencia.

Fácil nos será multiplicar los ejemplos de esta especie, que, para gloria de nuestro siglo, son en él muy numerosos; pero basta lo dicho para nuestro objeto, que es sólo demostrar cómo la ciencia y el trabajo individuales ejercen su influencia moralizadora sobre toda una clase ó sobre la sociedad entera. El estado intelectual de ésta, por otra parte, reacciona evidentemente sobre cada uno de sus miem-

bros. Los hombres de genio, los grandes inventores, no pueden aparecer, si no es por excepción, en medio de un pueblo inculto y atrasado. Mientras mayor sea el número de las personas ilustradas en una nación; mientras mayor sea el estímulo que encuentran los hombres de talento y de saber y la estimación que se les profesa, mayor tiene que ser también la probabilidad de que entre ellos aparezca un gran descubridor que, á más de dar gloria á su país dé también con sus inventos trabajo, riqueza y moralidad á sus hijos.

Así, por una ley sabia y providencial, la sociedad recoge amplia cosecha del bien que ha sembrado al derramar la instrucción entre todos sus miembros, y de esa cadena interminable de acciones y reacciones de la sociedad sobre sus individuos, y de éstos sobre la primera, tiene á la larga que resultar saludable progreso en las buenas costumbres.

Mas la propagación de los conocimientos científicos es cada vez más fácil é interesante, gracias á los elementos que la misma ciencia ha suministrado. La invención de la imprenta, por ejemplo, la más grandiosa de cuantas ha hecho el hombre, es sin duda alguna el punto de partida de casi todos los progresos que en los cuatro últimos siglos ha alcanzado la inteligencia humana.

Analizar cómo este descubrimiento casi divino ha facilitado la transmisión del pensamiento y la propagación de las luces y ha destruido, tal vez para siempre, muchas de las preocupaciones que ofus-

caban á la humanidad y se oponían á su engrandecimiento y bienestar moral é intelectual, sería tarea dificultosísima y muy superior á nuestras fuerzas. Basta sólo comparar los pueblos cultos de nuestra época con los de la Edad Media, para reconocer la superioridad incontestable de los primeros sobre los últimos, así desde el punto de vista material é intelectual como del moral.

No sólo los pueblos, sino los individuos, recobran de día en día los derechos que únicamente en medio de la ignorancia casi universal pudo habérseles usurpado.

Hoy toda persona que posee mediana cultura, sabe cuál es el punto que limita sus derechos y sus obligaciones, y este simple conocimiento es un baluarte casi inexpugnable contra el que vienen á estrellarse las injustas pretensiones, la mala fe, las violencias, la tiranía, y en suma, toda clase de abusos.

La escuela y el libro, al multiplicarse, dan á cada uno nobles armas para la resistencia contra la injusticia de los demás, y por este solo hecho extinguen, práctica, aunque lentamente, si no la intención de dañar, sí, á lo menos, el daño mismo, que no puede ejercerse á mansalva sino bajo el amparo de la ignorancia y la debilidad de los otros.

Las revoluciones de los pueblos en los tiempos modernos han sido en la mayor parte de los casos la obra de la educación, que ha revelado á los ciudadanos hasta dónde se extienden sus derechos, cuál

es el límite de la autoridad, cuán fútil y débil era el fundamento de los privilegios de que disfrutaban ciertas clases, y cuán oprobioso era el soportarlos por más tiempo. Y los principios proclamados en esas nobles luchas, propagándose, gracias á la imprenta, por todos los ambitos de la tierra, han venido á ser la bandera de los oprimidos contra sus opresores, cuando el saludable ejemplo de la historia no ha inclinado á los últimos á abstenerse de abusos y á respetar los derechos de los que saben ya imponer, cuando es preciso, ese respeto.

Así, la esclavitud y el servilismo, los abusos de los grandes, la tiranía de los gobiernos, la intolerancia de los espíritus estrechos y las persecuciones injustas y arbitrarias, van desapareciendo cada día al soplo vivificador de la cultura general; y decir que esas grandes plagas desaparecen, es afirmar que han mejorado las costumbres, como resultado indirecto de los progresos de la educación.

Pudiera decirse que cuando sólo de hecho se suprime el mal por medio de la resistencia, no se ha logrado moralizar al individuo que tiene la tendencia á causarlo, pues sólo se han embotado sus armas, sin destruir su malévola intención. A esto replicaríamos, en primer lugar, que para el progreso de las buenas costumbres, esto sería por de pronto suficiente, supuesto que de hecho, habría disminuído el número de ciertas malas acciones; además, suprimir un mal ejemplo, no es sólo cortar el mal directo, sino también el indirecto, y por consiguiente, moralizar.

Debe, por otra parte, admitirse que las malas pasiones se debilitan, si no es que mueren, por la falta de ejercicio; así es que poner á un hombre perverso en condiciones de que no pueda hacer daño, es tal vez extinguir, juntamente con el hábito, sus malos instintos, y en este principio se funda precisamente la influencia regeneradora que todo el mundo atribuye á las penitenciarías.

En orden más reducido, pero siempre benéfico, la ciencia, una vez ganeralizada, puede evitar la comisión de muchos fraudes y abusos, y así mejorar prácticamente las costumbres. Los enemigos de la ciencia, cuyo número por fortuna es cada vez menor, han pretendido hacerla responsable de muchos de los delitos que se cometen utilizando sus principios, como se verifica en el empleo de sustancias tóxicas para causar la muerte ó algún otro daño; ó de otras para la falsificación de documentos, la adulteración de bebidas, comestibles y aun medicinas, etc.; pero los que así juzgan, no reflexionan en que es precisamente la ignorancia de los más, en contraste con la habilidad de unos cuántos pícaros, lo que hace posible la existencia y multiplicidad de tales abusos.

Si la ciencia da medios que facilitan la comisión de delitos, también los proporciona muy numerosos para evitarlos, ó cuando menos, para seguir sus huellas, haciendo así posible el castigo y escarmiento de los culpables. Que la instrucción sea universal, y el número de esos abusos y delitos disminuirá for-

zosamente. La misma arma que puede matarnos, servirá para defender nuestra vida, si sabemos usarla; la misma sustancia que puede abrirnos las puertas del sepulcro, nos salvará de la muerte ó calmará nuestros dolores, si la empleamos de un modo conveniente.

Un distinguido economista, M. Bastiat, ha demostrado la necesidad de que los conocimientos sobre Economía política se hagan generales, justamente por la influencia que ese conocimiento tiene que ejercer sobre las buenas costumbres. En una serie de raciocinios ingeniosamente encadenados, demuestra que no hay más que dos medios de procurarse las cosas necesarias al hombre; á saber, la producción y la expoliación; que si esta última no existiese, la sociedad sería perfecta y las ciencias sociales no tendrían objeto; que ella reviste varias formas, siendo las más notables la guerra, la esclavitud, la teocracia y el monopolio; que es la astucia y la habilidad de unos cuantos y la ignorancia y sencillez de los más, lo que hace posible esas formas de despojo en unos casos, y en otros es la fuerza el agente material, como en los despojos producidos por la guerra y la esclavitud. Por eso prevé una edad de oro para la humanidad, fundándose en que, en virtud de una ley providencial, esos elementos de despojo están marcados con el sello de la muerte más ó menos tardía, pero segura: los que tienen por base la astucia y la habilidad, porque con la propagación de los conocimientos entre los que son víctimas de ellos, cesarán de ser posibles; y los que tienen la fuerza por punto de apoyo, porque tampoco podrán subsistir cuando los que forman la mayoría lleguen á adquirir la conciencia de que de su parte están, no solamente la razón y la justicia, sino también la mayor fuerza.

Puede decirse que en este brevísimo extracto se hallan condensados los principales argumentos que hemos intentado aducir en este artículo en favor de nuestra tesis.

IV

Algunos enemigos de la educación, como medio moralizador, suelen emplear, en favor de su doctrina, un argumento que á primera vista parece tener cierta fuerza y que es en parte *a priori*, aunque pretende también fundarse en hechos. Este argumento tiene por base lo que pudiera llamarse el fatalismo de las acciones humanas, en un medio social determinado, y para que se comprenda mejor su alcance, vamos á exponer sus antecedentes.

Herbert Spencer en su "Estática Social," Buckle en su "Historia de la Civilización en Inglaterra," y con ellos gran número de filósofos, estadistas y sociologistas, han fijado su atención en la asombrosa regularidad con que anualmente se repite en cada nación y aun en cada ciudad populosa el mismo número de crímenes. Quetelet, antes que ellos, ha sido